

tros consejos de guerra franceses, tienen los mayores trabajos para obtener declaraciones de testigos, y frecuentemente se ven obligados á recurrir á medidas severas. Contra semejantes disposiciones el gobierno es impotente.

Se habla mucho de los bandidos que segun cuentan de solan el pais. Yo he tenido ocasion de recorrerlo en todas direcciones; y no he visto siquiera la sombra de un ladron. Es verdad que de cuando en cuando se sabe que una diligencia ha sido detenida y algun viajero despojado; y si bien es cierto que un solo accidente de este género es demasiado, es preciso no olvidar tambien que la administracion ha movido cuantos resortes puede para reprimir estos desórdenes, y merced á sus enérgicas medidas, han sido presos los bandidos y castigados en todas partes. Cuando en Francia una diligencia es asaltada; cuando en el camino de Londres á Windsor una dama de la reina es despojada de sus joyas, el hecho pasa desapercibido; pero cuando acontece el menor suceso de este género en un camino solitario de los Estados romanos, la prensa acoge ardorosamente todos los pretextos, imprime la noticia con letras gordas y grita, venganza contra el gobierno.

Los ataques que aquí se han sufrido en raros intervalos, jamas han tenido un carácter propio para escitar la inquietud. En la Romanía se han formado cuadrillas organizadas, que aprovechándose de la inmedicacion á la frontera Toscana, se han sustraído de la persecucion y han escitado la alarma por algun tiempo; mas el gobierno les ha hecho incesantemente la guerra, y á consecuencia de muchos encuentros en que han muerto ó quedado

heridos bastantes gendarmes, las cuadrillas se han dispersado en gran parte

Confesemos, para concluir, en vista de tan precedente exámen, que el gobierno pontificio no ha faltado á su fin: que ha marchado con regularidad en la vía de las reformas y de las mejoras, y que ha realizado considerables progresos. Si continúa la agitacion, es preciso buscar la causa en el carácter propio de la nacion y en sus ambiciosas miras, dirigidas á objetos que se hallan fuera de su alcance, y reconocer, en fin, que el remedio de esta triste situacion no puede encontrarse en medidas que modificandouna órden de cosas, del cual no nace el daño, no harian mas que hacerlo mayor y mas peligroso todavia, exaltando las esperanzas de la nacion y comprimiendo un poder, ya por sí mal seguro, hasta el último punto de flaqueza y de impotencia.

Poco importaria la caida ó el sostenimiento del Soberano de los Estados pontificios, si no fuese á la vez el gefe de la Iglesia; mas en este negocio se juega la causa del catolicismo, y por este motivo las grandes potencias católicas miran justamente con el mas alto grado de interes la situacion interior de los Estados romanos, porque conciben con profundo sentimiento, los peligros que les acarrearía una nueva revolucion, y comprenden cuán costosa seria para la Europa la restauracion del poder temporal del Papa sobre bases nuevas. Una vez desencadenadas las pasiones religiosas, al mismo tiempo que las políticas, serian muy graves los conflictos que el contacto de unas y otras originaria, y quiza tambien los mas sangrientos.

La prudencia de los hombres de Estado acon-



seja buscar los medios de prever é impedir semejantes complicaciones, dirigiéndose naturalmente la atención hácia las concesiones con que quedarían satisfechos los pueblos.

Desgraciadamente esto no puede ser, como creo haberlo probado: la destrucción de la autoridad del Papa sería satisfactoria para un partido numeroso no para la nación entera, y el establecimiento de un régimen constitucional que tan poco armoniza al parecer con el poder del jefe de la Iglesia, sería satisfactorio igualmente para un gran número de individuos; pero como he dicho ya, uno y otro partido no tardarían en dejar caer la dirección de los negocios en manos de la fracción mas violenta. Rossi, á quien no faltaban talento y decisión, se habia propuesto introducir en los Estados pontificios un régimen parlamentario, y era de creerse que contaba con algun apoyo; pero el desenlace nos hizo conocer que se frustró completamente su designio. En el momento del peligro nadie le prestó su apoyo ó su defensa, ni una sola voz se alzó para deplorar su muerte violenta, y mucho menos para pedir venganza de ella.

En medio de las pasiones que dividen los espíritus, es absolutamente imposible crear un gobierno verdaderamente popular; pero suponiendo que la tentativa sea coronada del éxito, semejante gobierno no encontraría en un momento crítico mas defensores que los que tuvo á su lado [Rossi cuando se forzaba por dar cima á sus proyectos de reformas, porque no hay quien se contente con una simple reforma, como creo haber demostrado, estando por otra parte la marcha del gobierno

lejos de dar motivo á los pueblos para creerse perjudicados en sus legítimos intereses, y algunas reformas solo serían acordadas por ciertos partidos, con la mira de hacer perder su popularidad al gobierno pontificio.

Ni sabemos á qué combinaciones pudiera ocurrirse, porque el mas profundo exámen de la situación real de las cosas, no apunta ninguna indicación precisa sobre lo que convendría hacer en la materia, ni sobre los puntos que hubieran de abrazar las modificaciones; ni, en fin, sobre sus límites; todo lo cual se halla envuelto en la mayor incertidumbre, y una modificación para que sea fructuosa es fuerza que esté netamente indicada por la naturaleza de las cosas. Esto no sucedió aquí, y de ahí nace la esposición de las ideas mas contradictorias, segun la opinion de cada individuo, que forma el espectáculo de que somos espectadores.

Se atribuye á ciertas personas que consiguieron una vez despojar de su tiara al Padre Santo en provecho de los demagogos, el proyecto de formar dos divisiones del gobierno pontificio, una de las cuales habria de dirigir un delegado del Santo Padre. Tal combinación, lo confieso, creo que presenta grandes peligros, y es indudable que abriría la puerta á la revolución y que ésta engendraría esperanzas fundadas en la certeza del éxito. Las poblaciones tendrían menos respeto hácia el gobernador secular que el que profesan á los actuales delegados, y no arriesgarían ni un escudo ni una gota de sangre en su defensa.

Al cabo de pocos meses se proclamaría en Boloña la caída del Sumo Pontífice: se convocaría una asamblea constituyente de Italia, y se declararía la



guerra, á la Austria. Suponiendo que el nuevo gobierno fuese capaz de conservar su posicion y que lograra contentar á los pueblos, ¿qué se responderia cuando la otra mitad de los Estados pontificios se quejase de abandono y reclamase tener participacion en las reformas? ¿qué seria si se levantara para obtener ese fin, apelando para ello á medidas extremas? Resultaria de todo esto la ruina del gobierno pontificio, la satisfaccion de sus enemigos y las mas terribles agitaciones de que seria presa la Europa. Antes que consentir semejante plan, so pena de pasar á la faz de la Europa como un fenómeno de incapacidad radical, veriamos al Papa oponerle una resistencia desesperada, pero consintiese ó no, el gobierno pontificio recibiria de esta manera un golpe mortal, como lo han comprendido bien los autores de esa combinacion. Un solo remedio habria; el apoyo estrangero con que los italianos cuentan siempre para todos sus proyectos, y faltándoles, adoptarían mas fácilmente de lo que se piensa, considerada su actual situacion, una línea de conducta eficaz. Seria preciso, con todo, que los órganos de la prensa en Inglaterra y en Cerdeña, cesaran de escitar las pasiones, y que las potencias católicas continuasen las muestras evidentes de su simpatia hácia la Santa Sede: ¿podrá esperarse que enemigos animados de un espíritu como el que escita á los adversarios de la Santa Sede, pongan término á los ataques á que se han entregado de una manera tan estrepitosa?

No todas las cuestiones que en este momento se agitan han de llegar á obtener una solucion definitiva, y la cuestion romana pienso que no tiene ninguna. Todo lo que podemos hacer es, desviar con

el auxilio de una proteccion llena de benevolencia y de consideraciones, el riego de una catástrofe, y prolongar el estado de cosas provisional que tiene á lo menos el gran mérito de poner á la Europa al abrigo de innumerables males.

Cualquier otro paso no haria mas que precipitar los sucesos. Si el gobierno de S. M., por motivos fáciles de comprender, deseara poner término á la ocupacion de los Estados romanos por los franceses en un plazo mas ó menos largo, valdria mas alzar las compuertas al impulso de un torrente, que preparar así por medio de advertencias públicas ó de combinaciones forzadas, el golpe de muerte al poder temporal de los papas.

A la vista de la agitacion de los espiritus en Italia y de la viva emocion causada por la publicacion de los protocolos, es imposible dejar de sentir una profunda inquietud con respecto al porvenir del gobierno pontificio. Si la Europa se descuida, verá cual se presenta el problema bajo un aspecto de la verdad terrible, como que está ligado con las mas profundas y ardientes pasiones del corazon humano.

Las palabras que V. E. pronunció en el seno de la conferencia, y las seguridades por ella misma dadas, de que el gobierno del emperador no cesaria de interesarse en la salvacion del poder pontificio, son pruebas cietas de que los intereses reales de la iglesia no corren peligro en la presente crisis. Ese programa puede desviar los riesgos mas inminentes y alejar la catástrofe; y es cuanto puede alcanzar por ahora la prudencia humana.

Continuemos haciendo sentir al gobierno pontificio los efectos de nuestra proteccion, y no nos de-



cidamos á la evacuacion completa de nuestras fuerzas, sino con mucho pulso, poco á poco, y cuando tengamos certeza de la posibilidad de la medida, así renacerá, gradualmente la calma. Si la tranquilidad política y religiosa de Italia y talvez de la Europa, depende como parece, solamente de la presencia en Civita-Vechia y en Ancona de unas cuantas compañías de soldados, sirviendo de apoyo moral mas bien que material á la bandera y al gobierno del Papa, ¿no es mil veces preferible recurrir á este eficaz remedio antes que procurar el mismo fin por medio peligrosos? Si en tales circunstancias el poder temporal del Papa se viera amenazado nuevamente y sobre vinieran graves complicaciones á pesar de nuestros esfuerzos, la responsabilidad seria enteramente imputable á los sucesos mas fuertes á ocasiones que los hombres, y no tendríamos el sentimiento de haber contribuido á tan funesto resultado.

Al someter á la alta consideracion de V. E. los resultados de mi larga práctica, y de un estudio no interrumpido, creo haber llenado un deber. La benévola acogida que os mereció la proposicion que hice de esponer mi opinion, me han estimulado y dado esfuerzo para hacerlo sin reserva.

Yo invoco la indulgencia de V. E. al revisar este informe, y le ruego acepte la reiterada seguridad de mi alta consideracion.

FIN.



